

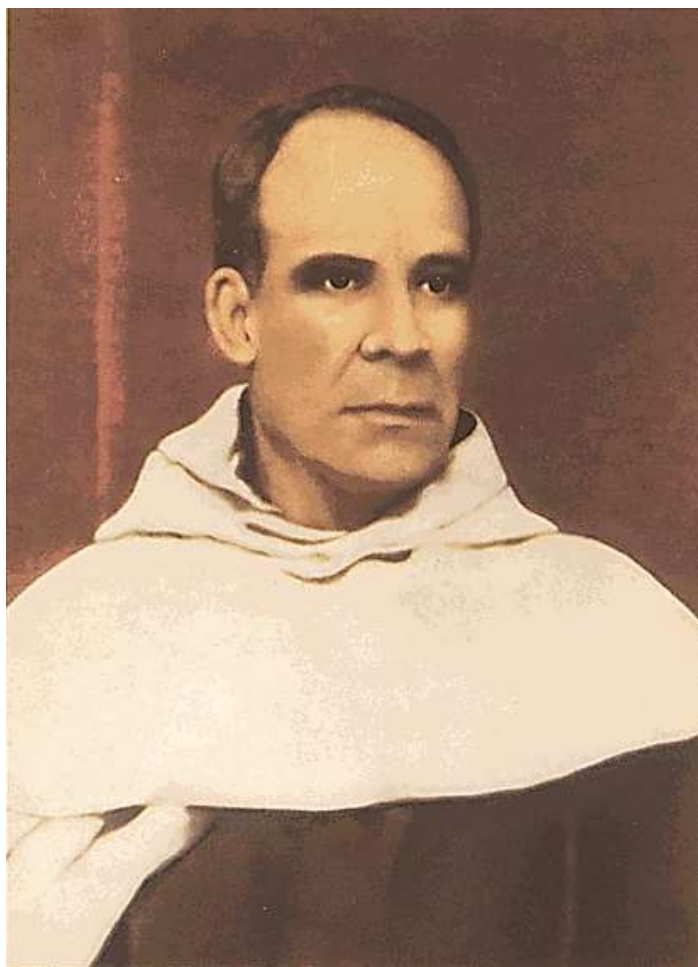


EULOGIO PACHO

FRANCISCO PALAU y QUER

Una pasión eclesial

CARMELITAS MISIONERAS - ROMA



Retrato del P. Francisco Palau y Quer

P. FRANCISCO PALAU y QUER
Una pasión eclesial

EULOGIO PACHO

P. FRANCISCO PALAU y QUER

Una pasión eclesial

Segunda Edición

CARMELITAS MISIONERAS
ROMA

Edita:

Carmelitas Misioneras
Casa General
Via del Casaleto, 115
00151 Roma

Con aprobación eclesiástica

PORTICO

Aunque trivial, no deja de ser cierto que cada hombre es hijo de su tiempo. Nadie es libre de elegir el marco histórico de su existencia. En eso no hay mayor o menor fortuna o desgracia, acierto o error. En lo que sí existe diferencia es en la conciencia que cada uno adquiere del hecho y en las reacciones frente a él. En el fondo, lo que define a las grandes personalidades de la historia es la actitud vital adoptada ante el mundo circundante. Entre la masa de los arrastrados - marionetas-, emergen los protagonistas, las figuras que se constituyen empresas de la misma historia.

Francisco Palau es hijo de una época agitada y convulsa. Tiene conciencia clara de ello, pero analiza, escruta con afán los "signos de su tiempo" y reacciona como un protagonista comprometido. Aporta su grano de arena para mejorar el futuro. Por eso ha superado la prueba del tiempo y ha entrado en la galería de figuras destacadas del siglo XIX. Ninguna prueba mejor puede aducirse que su peripecia humana.

Hogar austero y bullicioso

Las viejas casas de Aytona (Lérida) se recuestan sobre agrestes colinas, casi confundiéndose con su tierra parda y desnuda. Las nuevas construcciones se abren a la fértil llanura de intenso verdor. Paisaje de contrastes violentos. Allí nace Francisco Palau y Quer una fría mañana del 29 de diciembre de 1811. Le han precedido en el hogar de José Palau Miarnau y Ma. Antonia Quer Esteve seis hermanos. Le siguen todavía otros dos: Teresa y Juan. Según costumbre familiar y local, Francisco es bautizado el mismo día del nacimiento. A los 6 años (11 de abril de 1817) recibe el sacramento de la Confirmación.

La vivienda familiar (hoy restaurada y convertida en museo) es relativamente amplia, pero no sobrada para el bullicio de tantas bocas. Algunas fincas en la vega y unas parcelas de secano en los cerros a todos en el trabajo, pero son insuficientes para disfrutar de cierta holgura económica. Durante la infancia de Francisco la penuria se agudiza a causa de las perturbaciones políticas y sociales acarreadas por la invasión francesa y consiguiente guerra de la Independencia (1808- 1814). Pese a todo, en el hogar Palau-Quer se vive honesta y honradamente: hay

amor, hay hijos, hay trabajo. La entereza cristiana domina las adversidades. No faltan la alegría ni la serenidad de lo suficiente para vivir y, a veces, ni la felicidad de innecesarias exigencias. Se proclama hogar de “cristianos viejos” no por referencia social sino por recia tradición religiosa y conducta ejemplar. Las prácticas cristianas de honda raigambre se asumen y asimilan con naturalidad: participación intensa en la vida parroquial, frecuencia de sacramentos, devoción mariana impregnan el clima religioso en que transcurre su infancia Francisco Palau.

Se inicia pronto en las letras y siente aún niño la ilusión de ser algo, por dar sentido y contenido válido a la vida. Años más tarde, en mirada retrospectiva, reconocerá la precocidad de sus anhelos y motivaciones existenciales. Aprovecha en los estudios primarios mucho más que sus hermanos y compañeros. Prueba de ello es que el maestro rural insta a la familia para que le facilite instrucción superior. Las posibilidades son menguadas, pero la Providencia abre camino. Su hermana Rosa Palau siente afecto especial por Francisco. Al contraer matrimonio en 1824 con Ramón Benet se traslada a Lérida y acoge en su casa a Francisco para que pueda proseguir sus estudios. Allí permanece durante cuatro años saturados de ilusiones. No es el adolescente superficial y despreocupado. Medita y reflexiona intensamente sobre el sentido de aquella formación humana y cultural que está adquiriendo. ¿A qué ideales ha de servir?



Parroquia de San Antolín de Aytóna (Lérida)

Disciplina y rutina del Seminario

Fenecen las vacaciones estivales de 1828 y Francisco, a sus diecisiete años, tiene ya una respuesta comprometida. Ha esbozado el plan futuro de su vida: piensa consagrarse a Dios y al servicio de los hombres en el sacerdocio. Quiere decir que ha de perfeccionar su formación cultural y espiritual en el Seminario. Los recursos familiares, incluidos los de su hermana Rosa, no alcanzan a cubrir los gastos del pensionado. Apoyado en informes favorables sobre su conducta y en las recomendaciones de Juan Camps, párroco del pueblo natal, consigue una beca de “porcionista” (septiembre de 1828), que le permite sufragar las cargas económicas de su carrera sacerdotal. La inicia con el curso de 1828-1829 y se prolonga hasta el de 1831-1832, en que la interrumpe inesperadamente. En total ha completado tres años de humanidades y filosofía y uno de teología. Los ha superado a plena satisfacción de superiores y profesores. Libros de registros y matrículas lo atestiguan con la fría elocuencia de programas, horarios y exámenes.

Han sido cuatro años duros, de empeño tesonero y de entrega responsable al deber de cada día. La disciplina del

Seminario de Lérida era rigurosa son concesiones. La rutina y la monotonía hacían casi cuartelero el horario ya de por sí sobrecargado. Se sucedían, en cansino alternarse, el estudio, la plegaria en común, los ejercicios de repetición y los actos de esparcimiento en grupo. El madrugón cotidiano recortaba notablemente las horas de sueño y la refección alimenticia estaba lejos de ser suculenta; bien que mal se quedaba en apenas suficiente para aquellos cuerpos jóvenes en pleno desarrollo físico. Para colmo durante los meses de clases, el frío agudo y prolongado de Lérida campaba a sus anchas por los pasillos y las estancias del caserón del Seminario. La pintura exacta de aquella vida tiene tintes inconfundibles de heroísmo para nuestra sensibilidad actual. Francisco Palau la asumió como exigencia de su vocación, como condición indispensable para conquistar la meta de su ideal, de su sacerdocio.

Durante los cuatro años de preparación, el joven seminarista apenas mantuvo otros contactos personales que con la familia y los ambientes religiosos de Lérida. No lo permitía la disciplina del Seminario. Tuvo, en cambio, tiempo de pensar y ponderar sus proyectos de vida. Se esforzó lealmente por identificar de la manera más concreta posible, el norte de su existencia, algo que colmase su ansia y su capacidad de amar. Humanamente tenía abierta de par en par la puerta del sacerdocio y con ello una situación social apreciada y apreciable. Con prisas prematuras se le había conferido la tonsura clerical a comienzos del segundo curso de filosofía (19 de diciembre de 1829). A la altura de sus veintiún años Francisco ha madurado psicológica y espiritualmente lo suficiente como

para decidir de su futuro con plena responsabilidad. Reconoce que su vocación no es el sacerdocio, tampoco el matrimonio cristiano. Busca aún un poco a tientas, pero está convencido de que su llamada va por otro camino: el de la vida religiosa. Se fue al claustro – confiesa- en busca del amor concreto que diese finalidad segura a su existencia. Pero ¿en qué familia?

Carmelita en ciernes

Al llegar el verano de 1832, Francisco ha tomado una decisión trascendental: no seguirá en el Seminario camino al sacerdocio. En consecuencia renuncia a la beca conseguida cuatro años antes. Lo hace después de programar su inmediato futuro. A los pocos meses da otro paso decisivo: ingresa en el Carmelo Teresiano, trasladándose a Barcelona (23 de octubre de 1832). Viste allí el hábito religioso e inicia el noviciado el 14 de noviembre de 1832, adoptando el sobrenombre religioso de Francisco de Jesús, María y José. No ha habido nada de improvisación. Sabe muy bien que son “tiempos recios” para la vida religiosa en España y aún en toda Europa. Pero él no tiene dudas ya de su vocación; tampoco le asustan los riesgos que pueda correr.

Ha conocido en Lérida la vida de los Carmelitas Descalzos; ha contactado con ellos y se ha entusiasmado con el simbolismo del profeta Elías, con las gestas de Teresa, con los silencios contemplativos de Juan de la Cruz. Esos son sus sueños, sus ideales: el celo eliano-teresiano, el silencio contemplativo. Los estudia y acaricia durante el año preparatorio del noviciado y los va asimilando en los sucesivos. Nada atestigua mejor su identificación con ellos

como el gesto irrevocable de su profesión y la fidelidad nunca desmentida a lo largo de su existencia, pese a los azarosos avatares en que se vio envuelto.

La regularidad y exactitud en que se desarrolló el año del noviciado no impidieron al joven aspirante comprobar la precaria situación en que se desenvolvía la vida religiosa acosada por la hostilidad revolucionaria del ambiente circundante. El mismo marco conventual del noviciado, el monasterio de San José, sito en las Ramblas barcelonesas, era testigo cualificado del clima angustioso que rodeaba la vida comunitaria. ¿Amilanarse? El miedo no hizo jamás aparición en el horizonte vital de Francisco Palau. Ni siquiera en el trance en que iba a jugárselo todo, incluso la vida. El ideal clarificado, la vocación definida y dolorosamente madurada, por encima de todo.

Cuando años más tarde se consuma el drama previsto de su alejamiento violento del convento, tiene aún fresco el recuerdo de las disposiciones interiores que embargaban el ánimo al momento de su consagración religiosa por la profesión. Lo recuerda él con éstas palabras: “Cuando hice mi profesión religiosa la revolución tenía ya en su mano la tea incendiaria para abrasar todos los establecimientos religiosos... no ignoraba yo el peligro apremiante a que me exponía, ni las reglas de previsión para sustraerme a él. Me comprometí, sin embargo, con votos solemnes a un estado, cuyas reglas creía poder practicar hasta la muerte, independiente de todo humano acontecimiento” (VS p. 16-17)



Fachada del Convento San José de Barcelona

Pero la identidad de su vocación religiosa, frente a otras opciones cristianas, era algo más concreto y preciso. “Si por un instante hubiera yo dudado sobre un punto tan esencial para abrazar mi estado, ciertamente no sería yo ahora religioso, pues hubiera seguido otro género de vida”(VS p.17). Confiesa al mismo tiempo que cuando, años después de la profesión, los superiores le anunciaron que debía ordenarse sacerdote accedió “bajo la firme persuasión de que esta dignidad en modo alguno me alejaría de mi profesión religiosa” (VS p. 17). Con estas convicciones y en este estado de ánimo emite sus votos

solemnes, consagrándose a Dios por la profesión religiosa el 15 de noviembre de 1833.

El sombrío panorama que se cierne sobre la vida claustral desaconseja que fray Francisco y sus compañeros se trasladen desde el noviciado a los colegios de formación superior que posee la provincia carmelitana de Cataluña en diversas ciudades del Principado. Los superiores deciden que sigan allí en la comunidad de San José de Barcelona, completando la formación religiosa y sus estudios de teología. A ello se dedica con ahínco y responsabilidad fray Francisco durante los años 1833-1835. Reanuda así su preparación al sacerdocio interrumpida desde que abandonara el Seminario de Lérida. Ve acercarse esa meta cada vez que recibe alguna de las órdenes sagradas: 21 de diciembre de 1833, órdenes menores y subdiaconado; 22 de febrero de 1834, diaconado. Con frecuencia aparece en público ejerciendo en la concurrida iglesia carmelitana de San José esos ministerios preparatorios para el sacerdocio. La seriedad y gravedad de su porte apenas ocultan la íntima satisfacción que siente al verse revestido de los ornamentos sagrados.

Aquel ritmo de vida pautado por el estudio, la observancia regular, las prácticas de iniciación pastoral y la intensa oración duró poco. La marea revolucionaria y anticlerical rompió diques y truncó sus ideales de vida comunitaria y sus anhelos sacerdotales. El 25 de julio de 1835 las turbas enardecidas asaltaban con teas incendiarias los conventos de Barcelona. Los moradores del convento de San José, como los de tantos otros, se salvaron de una muerte cruel gracias a la generosa acogida de buenos vecinos. En la

precipitada huida nocturna fray Francisco demostró su entereza y la veracidad de su disposición al martirio, antes que renunciar a la profesión religiosa, deteniéndose a ayudar a un religioso anciano incapaz de ponerse a salvo por sí solo. El recuerdo de aquel trance dramático lo revive años más tarde en clave rigurosamente espiritual, más bien mística: “Era yo joven de veintitrés años. Vino la Revolución de 1835; encendió mi claustro, y eran tan vivos mis deseos de ver a mi Amada sin velos y cara a cara, que no cuidé salir de entre las llamas. Vino mi amada, me tendió su mano y salí ileso”(MRel p. 22). De la noche a la mañana quedaba roto el hilo de su vida. ¿Cómo anudarlo o recomponerlo?

Espera de un retorno imposible

En un primer momento fray Francisco no midió en toda su gravedad la tragedia abatida contra la vida religiosa. Arrojado violentamente de su convento, fue recluso, al igual que otros religiosos, en la prisión barcelonesa de La Ciudadela. A primeros de agosto solicita para él y para sus compañeros de encarcelamiento un traje decoroso de seglar y un pasaporte para trasladarse libremente al pueblo natal. A fines de ese mes vuelve así de forma inesperada a la casa paterna. Las primeras emociones fueron intensas y contrapuestas, entremezcladas de pena y alegría; dolor por la injusta persecución; gozo desbordado por el entrañable e inesperado reencuentro con los suyos.

Todos pensaban que la brusca interrupción de la vida comunitaria sería nube pasajera. Suponían pronta su reanudación. Durante la espera, súbditos y superiores entablaron contactos y correspondencia. Tardaron en caer en cuenta de que acariciaban ilusiones vanas. Mientras llega la hora del retorno a su querida comunidad, fray Francisco vive lo mejor que puede sus compromisos religiosos. “Me conformé –afirma- lo mejor que pude con las reglas de mi profesión religiosa”(VS p.18). Lo hace alternando la ayuda, como diácono, en la parroquia natal

de San Antolín, y retirándose a la soledad en una cueva situada en una finca a dos km de Aytona. Servicio pastoral y aislamiento contemplativo son los polos complementarios de su vocación carmelitano-teresiana. Sobre ellos gira por entonces el eje de su vida.

Pasan los días, los meses, los años. La perspectiva de vuelta al claustro se aleja sin remedio. Las medidas antirreligiosas de los gobiernos se vuelven cada vez más hostiles. Culminan por entonces en el decreto con que se prohíbe a los religiosos volver a sus conventos y vestir en público el hábito religioso, exige a los ordenados “in sacris” sujetarse a la jurisdicción de los Ordinarios (9 de marzo de 1836). Pese a ello los superiores comunican al diácono Francisco su deseo de que se prepare para la ordenación sacerdotal. Obedece, con las disposiciones interiores que quedan reseñadas, y se traslada a Barbastro (Huesca) para la ordenación que tiene lugar el 2 de abril de 1836, de manos del obispo Santiago Fort y Puig.

Ahora que se ve sacerdote y religioso expulsado del claustro ¿qué rumbo imprimir a la vida cuando cuenta apenas veinticinco años? La vuelta al convento se aleja sin atisbos de proximidad. La espera se vuelve ilusoria. Un retorno imposible. En el ánimo del joven sacerdote va calando la idea salvadora. Ha aceptado el sacerdocio sin renunciar para nada a su vocación religiosa en el Carmelo Teresiano. No puede realizarla en la forma corriente y tradicional; tampoco vale reducirla a un buen propósito sin concreción, como si fuera una entelequia. Si la vocación es genuina y firme ha de encontrar cauces en



Catedral de Barbastro (Huesca)

cualquier circunstancia. Lo comprueba él mismo a la luz de la experiencia de éstos y de los años sucesivos: “Para vivir en el Carmen sólo necesitaba de una cosa, que es la vocación; muy persuadido estaba yo de ello como lo estoy todavía... no necesitaba de edificios que presto iban a desplomarse... ni por otra parte podía dudar tampoco de que el estado religioso dejara de ser reconocido por la Iglesia universal y de consiguiente por todos sus miembros” (VS p. 17). Consecuente con tales principios, se entrega generosamente al cumplimiento de las exigencias vocacionales en sus circunstancias concretas. Apenas se dio entonces cuenta del sentido providencial que tenía su alejamiento definitivo de la vida conventual. Lo descubrirá más tarde, cuando adquiera conciencia clara de su misión como fundador del Carmelo Misionero. La Providencia lo llevó a esa obra por el misterioso camino de la renuncia a la vida regular en el Carmelo Teresiano.

Para estas fechas ya había meditado asiduamente sobre la situación de la Iglesia. Era perseguida más allá del ámbito religioso, especialmente en España. Aquí el panorama político hacía más angustiosa su situación. El nuevo sacerdote conoce las intervenciones recientes de la Santa Sede a fin de paliar las circunstancias adversas. Respondiendo a las instancias de la apelación pontificia del 22 de febrero de 1837 se pone a disposición de los obispos de la subdelegación catalana (encuadrada en los dominios carlistas de entonces) y se entrega con entusiasmo y celo singular a la predicación de misiones populares en las diversas diócesis del Principado. La eficacia de su acción pastoral y la reciedumbre de su celo apostólico, pese a los cortos años de experiencia, encuentran refrendo

autorizado en los obispos que se disputan su colaboración y le conceden generosamente el título de *Misionero apostólico*, con el que se siente muy honrado. Años más tarde (en 1854) solicita su confirmación por la Congregación romana de Propaganda Fide.

La definitiva derrota del ejército carlista en Berga (julio de 1840) sorprende a Francisco Palau entregado a su ministerio apostólico. Ha vivido y ha actuado como sacerdote durante los tres últimos años en territorio dominado por los “carlistas”. Se ha mantenido al margen de la política; no ha superado los límites propios de su condición religiosa y sacerdotal. No importa; los “liberales” triunfantes usan poca liberalidad con quienes no les son abiertamente partidarios. Quienes temen o sospechan represalias y persecuciones cruzan la frontera francesa para ponerse a salvo. Francisco Palau no se siente seguro y hace lo propio. ¿Está complicado en acciones políticas o militares?

Amarguras del Exilio

Como si no fuera bastante el destierro del claustro se añade ahora el de la patria. Cada vez se distancia más de la vida comunitaria y del refugio familiar. Otra vez a recomponer, a oscuras del futuro, el hilo de la propia existencia. La limpieza de complicaciones políticas de cualquier género queda bien patente en la declaración de Francisco Palau ante las autoridades y a vista del atesto de éstas. Con él traspasan la raya francesa por Prats-de-Molló otros ocho compañeros el 21 de julio de 1840. Entre los ocho figura su hermano menor, Juan, que le acompañará ya de por vida, salvo breves intervalos. Ambos hermanos Palau se declaran libres de cualquier compromiso o implicación con el bando carlista, por eso mantienen total independencia, incluso económica, y plena libertad de movimientos en la conflictiva zona confinante de España.

El destierro dura once largos años. Los dos primeros en la diócesis y departamento de Perpignan, los otros en el de Montauban. Se le plantea de nuevo a Francisco el problema de la vocación. Las autoridades civiles y eclesiásticas le consideran sacerdote y como tal se conduce ante ellas. El mismo se ve, ante todo, como religioso, pero ya sin esperanza de regresar al claustro. El Carmelo

está suprimido en España y en Francia, aunque aquí inicia por estos años una tímida reorganización.

Se le ofrecen pocas alternativas. Sigue aferrado a su propósito de “cumplir lo más fielmente posible” su compromiso vocacional. Lo mismo que antes en Aytona, lo realiza alternando un moderado apostolado con la asiduidad a la oración en la soledad y el retiro. El apostolado lo ejerce prioritariamente entre compatriotas exiliados como él y en las comunidades religiosas de Perpignan, en particular las Clarisas. Aquí conoce a Teresa Christiá, vinculada por años a su dirección espiritual. Para asegurar la vertiente contemplativa de su vocación se retira asiduamente a la soledad, frecuentando la célebre cueva de Galamus y otros parajes próximos. Ayudado de su hermano Juan labra algunas posesiones de tierra, adquiridas por contrato regular, que alivian sus precarios medios económicos de subsistencia.

Pronto comprueba que la zona francesa de Perpignan es foco inseguro de conspiraciones y atentados. Merodean por allí fanatismos políticos y intrigadores hábiles y desaprensivos. Opta por lugar más tranquilo y seguro. Se traslada a primeros de 1843 a la diócesis de Montauban estableciéndose en Caylus, junto al santuario mariano de Livron y al castillo de Mondésir. Su tenor de vida no cambia sustancialmente. Adquieren mayor amplitud y resonancia las dos dimensiones fundamentales de su existencia: el apostolado y la vida solitaria o contemplativa. Se intercambian y alternan con singular naturalidad. Personalmente las integra en perfecta unidad.

Intenta motivarlo también en sus admiradores y seguidores.

Desde las medrosas grutas de Mondésir se irradia con fuerza irresistible la fama de aquel sacerdote español que lleva una vida austera a lo de Juan Bautista. Es solicitado por los párrocos del contorno para reavivar las prácticas cristianas de las poblaciones vecinas o incluso lejanas. A su cueva acuden gentes curiosas y almas selectas en busca de testimonio vivo de fe y también de dirección espiritual. Su imán espiritual atrae muy pronto sendos grupos de discípulos o secuaces: un puñado de piadosas mujeres reunidas en la casita levantada por Teresa Christiá cabe el Santuario de Livron, y un grupo de solitarios, procedentes en su mayoría de exiliados españoles como él, que se establecen primero en las grutas de Mondésir y más tarde en la soledad de Cantayrac.

Le reconocen espontáneamente como padre, maestro y guía. Es a la vez responsable de sus destinos ante las autoridades. Esos grupos, pese a su precaria situación jurídica y legal, constituyen los primeros ensayos de agrupación religiosa intentada o aceptada por el que será ya en adelante Padre Francisco Palau. Aunque fracasaron como grupos comunitarios, algunos de sus miembros prolongarán personalmente ese intento inicial. Tal es el caso de Juana Gratias, una de las dirigidas de Livron que entra en contacto con Francisco por esas fechas de 1845-1846. Lo mismo sucede con alguno de los ermitaños que se le unen en el trabajo y en el tenor de vida, copiado casi a la letra de los llamados “desiertos” carmelitanos.



Santuario de Nuestra Señora de Livron,
Caylus (Montauan)

Las obras de Francisco Palau llevan el sello de la contradicción. También ahora se ceba en él y en sus seguidores. Envidia y celotipia de algunos párrocos de la zona que no ven con buenos ojos el peregrinar de sus fieles a la cueva del solitario español. Arrecian las acusaciones y denuncias a la autoridad eclesiástica. También pleitos y suspicacias por parte de Teresa Christiá, cada vez menos resignada a obedecer. Exageraciones y alguna provocación innecesaria de sus compañeros de soledad frente a las autoridades civiles y policiales. Todo se conjura contra su actividad pastoral y su estilo de vida. De nada sirven sus protestas y sus humildes ruegos. La situación empeora constantemente. Se agrava aún más durante el viaje que realiza a España en 1846. Su estancia se prolonga más de lo previsto (marzo de 1847). Cuando regresa a Caylus trata de calmar los ánimos y de arreglar las cosas, hasta piensa, por un momento, nacionalizarse en Francia. Dado el cariz que toman las calumnias y persecuciones contra su persona y su obra, desiste del propósito y decide volver definitivamente a España.

¿Con qué intenciones, con qué planes?

Las mieles del triunfo

Cuando Francisco Palau cruza la frontera de regreso a la patria (finales de abril de 1851) tiene en mientes algunos proyectos; hasta trae en mano alguna obra en marcha. La situación de la Iglesia en España ha mejorado mucho con respecto a la que existía cuando él se exilió. Acaba de estrenarse el nuevo Concordato (marzo de 1851) entre el Gobierno español y la Santa Sede. Se vislumbran ciertas posibilidades con la paz religiosa restaurada. Lo que no es factible es el retorno a la vida conventual. Pese al Concordato, sigue suprimida salvo excepciones singularísimas.

Todo hace suponer que Francisco Palau no ha podido conectar con los primeros núcleos de la restauración del Carmelo Teresiano en Francia, a pesar de que se han llevado a cabo mientras él vivía allí y no lejos de su residencia habitual. Si al instalarse en España aún le queda algún residuo de esperanza de volver a la vida comunitaria, debe consumirlo rápidamente. Antes de decirle definitivamente adiós, se concede un tiempo de reflexión. Se trata, al cabo, de encontrarle una vez más rumbo a la propia existencia.

La acogida cordial del obispo de Barcelona, José Domingo Costa y Borrás, viejo conocido desde los días del seminario de Lérida, le garantiza su incardinación como

sacerdote a la diócesis de Barcelona. Apenas le queda otra alternativa, pero antes de dar ese paso se interna largas jornadas (mayo-julio) por las agrestes soledades del Montsant para meditar en su futuro y programar su vida. Concluidos los días de retiro y silencio se llega hasta Lérida y Aytona en visita a los suyos. No son sólo los familiares.

Durante los últimos años de estancia en Francia ha logrado trasladar allí los restos del grupo espiritual de Livron y aumentar sus efectivos con piadosas mujeres del lugar. Los dos grupos de Lérida y Aytona, que ahora visita, están bajo la dirección de Juana Gracias que le sirve de enlace. Es la obra que trae entre manos al regresar de Francia. Tampoco cuajará en fundación sólida y continuada, pero será la referencia próxima para los intentos sucesivos y logrados.

Al finalizar los meses de verano está de vuelta en Barcelona y a las órdenes de su obispo José Domingo Costa y Borrás. El prelado deposita plena confianza en el sacerdote carmelita y le encomienda la dirección espiritual de los seminaristas. A la vez ayuda al anciano párroco de la céntrica iglesia de San Agustín. Sin percatarse de ello, le han colocado en el trampolín del éxito y del triunfo. A los pocos meses de iniciar su experiencia pastoral en Barcelona, Francisco Palau tiene un diagnóstico perfecto de la situación religiosa de la ciudad. Le afligen males que reclaman remedios más eficaces que los tradicionales. Urge una renovación amplia y profunda a la acción pastoral. Y pone manos a la obra.

En poco tiempo programa y organiza la revolucionaria empresa de la “Escuela de la Virtud”, que se inaugura solemnemente el 16 de noviembre de 1851. Todo está pensado y programado al detalle. Falta una instrucción religiosa o cristiana adecuada.

Hay que ganar la batalla a la incredulidad y al fanatismo en el campo de la cultura. La “Escuela de la Virtud” se convierte en un modelo de enseñanza catequética. Al segundo año de su nacimiento se desdobra ya en una cátedra permanente de enseñanza superior religiosa. El impacto de la obra en los medios culturales, religiosos, políticos y sociales se hace sentir muy pronto. Francisco Palau ha movilizado en torno a la “Escuela” a todas las fuerzas religiosas de la ciudad, incluida la prensa. Ante el Éxito conseguido, piensa extender la obra a otras capitales de España. Por una vez, y al cabo de tanto tejer y destejer su existencia, saborea las mieles del triunfo, pero por poco tiempo.

Los sectores anticlericales y revolucionarios de Barcelona se percatan pronto del rival que les ha salido en la “Escuela de la Virtud”. No están dispuestos a perder terreno, sobre todo entre las nuevas clases proletarias que se apiñan en el cinturón industrial de la ciudad. Movilizan a la prensa sectaria – como siempre aureolada de libre y progresista-. Arrecian las invectivas, las sátiras, las calumnias y los infundios contra la “Escuela”. Al fin, una ocasión servida en bandeja.



Nuestra Señora de las Virtudes,
patrona de la “Escuela de la Virtud”, Barcelona

En marzo de 1854 estallan las huelgas laborales en Barcelona: los enemigos de la “Escuela” se apresuran a denunciarla como causante e instigadora de la revuelta social. Una vez más se coló la insistente acusación política reaccionaria. Con precipitación inexcusable, las

autoridades militares dieron fáciles oídos a la calumnia y decretaron la clausura violenta de la “Escuela de la Virtud” (31 de marzo de 1854)

De nada sirvieron las aclaraciones y protestas de su Director. Al contrario, se tomaron por desacato y desprecio. En consecuencia, se decretó el destierro fulminante de Francisco Palau a la isla de Ibiza. Recluido en el barco correo, zarpa para su nuevo, trágico destino, el 9 de abril de 1854. ¿Qué queda de su obra pastoral innovadora? ¿Cuál el nuevo destino de su vida?

Comenzar de nuevo

No le queda nada; está solo y abandonado. La ruina de la “Escuela” le arroja al destierro totalmente desarmado. A las mieles del triunfo sucede el acíbar del anonadamiento. Habían desaparecido a mano airada los grupos de dirigidas de Lérida y Aytona. Unas fincas compradas en las estribaciones del Tibídabo con vistas a futuros proyectos fundacionales quedaban en apurada situación económica, casi en hipoteca. Amigos y colaboradores de la “Escuela” renunciaron a todo apoyo. Francisco Palau llega a Ibiza calumniado, perseguido y vigilado.

Las autoridades civiles y eclesiásticas deben mirarle y custodiarle como a persona intrigante y peligrosa. No tardarán en convencerse de lo contrario, Él ha de reemprender el camino, mejor, buscarlo de nuevo, comenzar de cero su andadura. ¿Cuántas veces, Señor? Seguro que tal fue su primer suspiro de invocación cuando se vio solo y aherrojado en la isla del confinamiento.

No llegan a dominarle no el abatimiento ni el desaliento. Recompone de nuevo la trama de su hilo vocacional: de la soledad contemplativa al servicio apostólico, de éste al retiro y al silencio. Son las dos

actividades dominantes que van a polarizar su existencia durante los seis largos años de destierro ibicenco (1854-1860). Son, en el fondo, las coordenadas naturales de su vocación carmelitana. Rincones solitarios y callados abundan en Ibiza. Muchos pueden colmar sus exigencias de retiro y silencio.

Explora el terreno y escoge para morada un plácido recodo en la ensenada de Es Cubells, a pocos kms. del pueblecito de San José y de cara al espejo del mar. Allí levanta una rústica vivienda en el trozo de tierra generosamente cedido por los vecinos del lugar.

Consume horas alargadas, inacabables en el silencio y en la meditación. Se alternan con interminables caminatas por bosques y campos. De tanto en tanto, encuentros fortuitos o buscados con labriegos y pescadores. Madura con cierta rapidez nuevos planes y proyectos. Mantiene asidua correspondencia con los antiguos colaboradores de la “Escuela de la Virtud”.

Una vez más el imán de su contagiosa personalidad atrae a colaboradores y discípulos. Llegan incluso de Barcelona algunos íntimos amigos, hijos suyos espirituales, como Ramón Espasa y Gabriel Brunet. Se reanuda en Es Cubells una elemental forma de vida comunitaria sazónada de oración, trabajo y retiro; algo similar a lo practicado durante el exilio en Caylus y Cantayrac.



Parroquia de San José, San José (Ibiza)

Con la llegada de compañeros y discípulos se amplía la vivienda y se construye una humilde capilla. El P. Francisco, con singular destreza, logra trasladar a ella la imagen de Nuestra Señora de las Virtudes que presidía la “Escuela de la Virtud” de Barcelona.

Comienza entonces un proceso de transformación religiosa de la Isla que tiene su centro de irradiación en esta capilla. Con el andar del tiempo, y gracias al P. Francisco y los suyos, se convierte en centro y Santuario Mariano de Ibiza.



Santuario de Nuestra Señora del Carmen, Es Cubells (Ibiza)

La difusión de la piedad mariana no hace otra cosa que abrirle de par en par las puertas del apostolado apenas entreabiertas hasta entonces.

Pronto las autoridades isleñas deponen sus recelos contra él cambiándolos por la estima y confianza. Ello le permite dilatar el apostolado, especialmente el de la predicación, por todos los rincones de la isla. Sienta las bases de una profunda recristianización que completará años más tarde

cuando vuelva en plan de misionero popular, llamado por la jerarquía eclesiástica y aclamado por la población entera.

Su celo apostólico y su fama de sacerdote ejemplar llega fácilmente a las otras islas del archipiélago balear. Es solicitado para predicar, de manera especial en Mallorca. Allí se traslada en varias ocasiones adquiriendo popularidad y suscitando entusiasmo religioso. En uno de esos viajes se cree autorizado a trasladarse hasta Barcelona para arreglar urgentes asuntos personales y de familia (diciembre de 1857). La estancia se prolonga más de lo deseado y proyectado. Suficiente para que se extienda la noticia de su reaparición con intenciones de reorganizar la “Escuela de la Virtud”. El falso rumor alarma a las susceptibles autoridades. Es detenido improvisamente en el domicilio de un amigo (8 de marzo de 1858) y confinado de nuevo a Ibiza por tiempo indefinido.

Esta vez el retorno a Ibiza no implica alteraciones notables en su vida. Sigue la andadura de los años anteriores. Se acentúan algunas de sus iniciativas. Multiplica las relaciones epistolares, los recursos en favor de su liberación y las vindicias de la calumniada “Escuela de la Virtud”.

A este fin prepara y publica la célebre apología *La Escuela de la Virtud vindicada* (Madrid 1859). Pero más que sus actividades se intensifica y crece la vertiente interior de su maduración espiritual.

Durante las plácidas jornadas de retiro y soledad en Es Cubells y otros parajes de la Isla, le sobra tiempo para ahondar en sus pensamientos, para caldear su espíritu, para ensanchar horizontes vitales. Nunca como ahora le agujijonea el supremo interrogante: ¿Cuál es el sentido de mi vida? ¿A quién y para qué sirve? Siente dentro de sí, contenidos por las fuerzas de las circunstancias externas, unos ímpetus espirituales que le hacen estallar el pecho. Personalmente nada le falta, nada apetece, nada le ilusiona.

Allí en la soledad ha encontrado su celda claustral, su amada soledad. Pero un misterioso tirón interior le impulsa hacia los otros, hacia las gentes que andan sin norte ni guía por la vida. Hay algo que le une y vincula a ellas, pero no sabe definirlo con precisión ni claridad. De tanto en tanto siente urgencia de retirarse más, de aislarse hasta del más mínimo contacto humano para rumiar sus vivencias íntimas y dar forma definida a su pensamiento.

Se recluye en el indómito islote del Vedrá. En las entrañas de la roca ha descubierto antros y rincones únicos. Allí se imanta y se impregna su espíritu de resonancias místicas y proféticas inefables. Aquel inmenso y pétreo vigía, centinela del Mediterráneo, se convierte en su Patmos apocalíptico y revelador. Allí recibe inspiraciones y soplos que lo transforman.



Isote El Vedrá (Ibiza)

Las noches tormentosas que pasa solo en aquella medrosa soledad semejan a la oscuridad que ha probado su espíritu en años de afanosa búsqueda. Pero está cercana la luz iluminadora, su radical transformación interior. El centro de su amor supremo, la figura real de la Iglesia, va tomando cuerpo poco a poco. Le falta apenas una referencia, un contacto inmediato con los hermanos, con los miembros de ese cuerpo místico o misterioso. Se lo proporcionará su liberación del confinamiento.

Se produce el 1 de mayo de 1860, gracias a la amnistía general concedida por el gobierno central de Madrid. Desde ese momento queda libre el P. Francisco para

regresar a la península y establecerse donde quiera. Al poco tiempo de trasladarse a Barcelona le llega una noticia largamente esperada: los tribunales de más alta instancia de la nación acaban de sancionar con su veredicto la absoluta inocencia de la “Escuela de la Virtud” y de su director, Francisco Palau. La justicia humana llegaba tarde, ¡pero al fin llegaba! Inocente y libre. ¿Libre, para qué?

Fidelidad a la propia misión

Tenía “ideas y resoluciones encadenadas suspensas” durante su cautiverio en Ibiza (Ct 46), pero no se precipita. Como siempre, pondera los pasos a dar. Es lo que hace mientras cumple con algunos compromisos de predicación en Cataluña y Baleares. Se halla sumergido en ellos cuando, casi de improviso, las experiencias eclesiales largos años remansadas irrumpen en su espíritu. Afloran a la conciencia de Francisco Palau, iluminándola en los senos más profundos, durante un ciclo de predicación en Ciudadela (Menorca) en la primera quincena de noviembre de 1860.

Son fechas memorables para él, no se borrarán jamás de su memoria. Dividen radicalmente su existencia en el antes y el después. Se le manifiesta la realidad consoladora del misterio de la Iglesia. Ve entonces cómo su vocación está inserta en esa realidad, que se ofrece como ideal, como objeto supremo y definitivo de su amor. El efecto de esa experiencia misteriosa es determinante: se le concede lo que hacía muchos años “pedía con muchas lágrimas, grandes instancias y con clamor de espíritu; y era conocer mi misión”. Dios se ha manifestado abiertamente; ha fijado “el camino, la marcha, la misión”. ¿ A qué se siente



Catedral de Ciudadela (Menorca)

decidido? A realizar la misión que acaba de manifestársele. A ella se entrega con decisión inquebrantable los años que le restan de vida.

La fórmula global que condensa la misión confiada al P. Francisco, no parece a primera vista comprometerle seriamente. La sintetiza así: se reduce a predicar a los pueblos que la Iglesia es infinitamente bella y amable; a predicarles que amar a la Iglesia es cumplir el precepto del amor a Dios y al prójimo. “Este es el objeto de misión – exclama- y tú, Iglesia, eres los prójimos formando en Dios

una sola cosa”(MRel p. 341). Al traducir en formas prácticas ese programa de vida es cuando necesita discernimiento y entrega. Predicar la belleza de la Iglesia implica amarla y demostrar el amor con el servicio incondicionado. Amor y servicio se han de manifestar con hechos, a veces con respuestas heroicas.

A lo largo de los últimos años de su vida, la Iglesia le exigirá pruebas muy duras de esa voluntad incondicional de servicio. Comprende entonces Francisco Palau que no puede abrazar su misión eclesial impunemente. Lo cierto es que él se coloca siempre en actitud de escucha y discernimiento para descubrir la llamada que la Iglesia le confía en cada momento. Tres son las causas principales por las que discurre el servicio eclesial tras el descubrimiento de su vocación. No son tres momentos sucesivos; se conjugan y alternan hasta la muerte. El predominio y la intensificación de cada uno de ellos corresponde a determinados límites cronológicos.

- Los primeros años, una vez recobrada la libertad de acción (1860-1866) siente especial llamada a la predicación y a ella se entrega con la pasión que suele poner en todas las cosas. En el momento inicial sus preferencias van a las grandes ciudades, porque piensa que son los focos decisivos del bien y del mal. Una recristianización de las mismas significa la transformación religiosa de todo el país. Barcelona, Madrid, Palma y otras ciudades son testigos entusiastas de su verbo encendido, de su pasión apostólica entre 1860-1863. Desplazamientos

penosos, viajes incómodos, alojamientos de fortuna, cansancio, frío y hambre son sus acompañantes más habituales. Todo lo considera exigencia del servicio eclesial. Imperativos de su misión.

- En una segunda etapa, sin abandonar la predicación tradicional, se entrega a las misiones populares, para las que es solicitado especialmente por los preladados de Barcelona e Ibiza. Ambas diócesis fueron misionadas en diferentes correrías y con resonantes éxitos durante los años 1864-1866. Con posteridad a esas fechas la actividad de predicador va decreciendo paulatinamente, aunque no desaparece jamás. Siente la llamada de la iglesia a otros servicios, su misión le reclama en otros campos.
- Casi al mismo tiempo que inicia sus cursos de predicación, reanuda los afanes fundacionales. La misma predicación le abre las puertas, si bien en algunos momentos reconoce que le impide una concentración en este sector de su actividad. Lo asume convencido de que es la realización más clara y auténtica de su paternidad espiritual en la Iglesia. Para llevarla a cabo reúne los restos de la obra iniciada antes del confinamiento en Ibiza. Secundado por Juana Gratas, conquistada en Montauban y alma de los núcleos anteriores de la Lérida y Aytona, logra poner definitivamente en marcha el Carmelo Misionero, arrancando de la fundación de Ciudadela (1860-1861). En la rama femenina, de la de Es Cubells y San Honorato de Randa en la masculina.



Els Penitents, Vallcarca (Barcelona)

Temiendo un nuevo fracaso, si la obra quedaba reclusa en las Islas, se apresuró a darle consistencia en ambas ramas con las fundaciones de Barcelona, precisamente en los terrenos que antes comprara en las faldas del Tibidabo. Desde 1860, Els Penitents, o casa de Santa Cruz de Vallcarca, será el epicentro de su obra fundacional, tanto para las Hermanas como para los Hermanos.

Los tanteos y provisionalidades de los primeros años (1861-1862) cristalizan en fórmulas definidas Y realizaciones sólidas a partir de 1863, cuando el P. Francisco adquiere conciencia clara de que el designio providencial de su vocación carmelitana, forzada a desarrollarse fuera del claustro, está orientado a esta obra

fundacional. Es por entonces cuando se define con claridad la configuración de su familia religiosa. Gracias a ella mantiene la unidad interna cuando en los años siguientes se extiende por Cataluña y el Alto Aragón (1864-1868).

A primeros de 1867 obtiene el nombramiento de Director de los Terciarios del Carmen en España por el Comisario Apostólico y Procurador del Carmelo Teresiano español en Roma. Representa el reconocimiento legal de su obra de fundador y la base jurídica para extenderla y afianzarla, cosa que él se apresura a ser mediante reglas y estatutos adecuados. Todos ellos quedan recogidos y ordenados en las *Constituciones* que entrega a sus hijos e hijas espirituales pocos meses antes de morir (1872).

- En los últimos seis años de vida, alternó el P. Francisco su actividad de predicador y fundador con él apostolado más comprometido y exigente de su servicio eclesial: la asistencia espiritual y material a los marginados de la sociedad. Acudían a la residencia de Els Penitents como a único refugio posible para sus desgracias y desdichas.

Se trataba de enfermos incurables con síntomas y cuadros clínicos muy complejos. Ofrecían una fenomenología que iba desde la esquizofrenia aguda hasta las formas típicas de energúmenos, es decir, posesos o endemoniados. Si el diagnóstico clínico no era siempre claro, sí lo era el social y el espiritual: se trataba de seres desgraciados, abandonados de la sociedad, auténticos marginados de ella y por ella.

Desde los primeros casos y contactos, el P. Francisco sintió inmensa compasión, y se comprometió a remediar la situación en la medida de sus fuerzas y posibilidades. Propendió con cierta exageración a dictaminar casos de posesión diabólica. Por lo mismo, a servirse de las armas espirituales aplicadas por la Iglesia en esos casos: exorcismos y otras oraciones. Pero no se limitó a eso. Llegó a crear una institución benéfica, especie de hospital, para tratar y asistir integralmente a los pobres enfermos: asistencia material y espiritual.

Surgieron pronto incomprensiones y obstáculos a su acción pastoral y benéfica. Primero fueron las autoridades eclesiásticas quienes no vieron con buenos ojos aquella actividad pastoral tan comprometida. En el ánimo del P. Francisco se entabló una sorda lucha. Estaba absolutamente persuadido de la llamada de la Iglesia a aquella misión ardua; no podía traicionarla. Debía, por otra parte, sumisión y obediencia a su Prelado, que más bien se oponía a ella. Durante tiempo se enfrentaron en su espíritu dos impulsos contrastantes, resistencia y sumisión. No hubo solución salomónica.

Autorizado por el Ordinario emprendió viaje a Roma para exponer al Papa sus ideas sobre el exorcistado y aclarar su actividad. Aprovechó la estancia en Roma (diciembre 1866 - marzo 1867) para regular su obra fundacional y conocer la situación de la Iglesia en su mismo centro. De regreso a España, amplió y perfeccionó la lucha contra el mal y la impiedad, iniciando la publicación de un Semanario, dirigido por él con el título de *El Ermitaño* (1868 - 1873).

Se sirvió de sus páginas como de palestra para combatir las ideas antirreligiosas del tiempo y para defender su heroica misión entre los marginados de Vallcarca; también para difundir sus opiniones sobre la importancia del exorcistado y la conveniencia de establecerlo como ministerio permanente en la Iglesia. Con ese proyecto en mientes viajó de nuevo a Roma (enero-febrero de 1870) para presentarlo a los Padres Conciliares del Vaticano I.

Las autoridades civiles de Barcelona veían, cada vez con mayor encono, la actividad de aquel sacerdote. Su obra parecía fácilmente como acusación o denuncia respecto al desinterés de las mismas. Se le llegó a denunciar al P. Francisco como practicante ilícito de la medicina, y fue encarcelado con sus colaboradores más directos el 28 de octubre de 1870.

A los tres meses se le concedía libertad provisional y se le permitía volver a Vallcarca, mientras seguía su curso el proceso que se había instruido contra él. A distancia de un año (octubre 1871) el Juez de primera instancia dictada sentencia absolutoria para el P. Francisco y sus colaboradores. “Los hechos declarados y probados no constituían delito”. Para el historiador actual constituyen pruebas elocuentes de una entrega y de un servicio heroico. Hasta esos extremos llevaba el P. Francisco la fidelidad a la llamada de la Iglesia, a la misión que ella le había confiado.

“Trueque de suerte”

Consumió los últimos años de su vida (1871-1872) en desvelos de fundador, pero sin renunciar a otras actividades, como tampoco había descuidado nunca la vertiente contemplativa, ni siquiera en los meses de más acuciantes compromisos. Siempre que podía ser retirada al Vedrá o a su refugio preferido de Santa Cruz de Vallcarca. Eran reclamo permanente de sus ansias contemplativas. La asiduidad al retiro y la entrega a la dirección de sus hijos e hijas espirituales colmaron de serenidad e íntima satisfacción aquel corazón decepcionado y herido por tantas persecuciones y sinsabores humanos.

Hasta su vigorosa fibra física parecía haber recobrado la energía de los años juveniles. Era pura ilusión. Las penitencias rigurosas, la actividad febril, los disgustos y las persecuciones habían minado su robusta contextura física. En determinado momento percibe con claridad que se acerca su fin. Lo siente únicamente porque considera aún necesaria su presencia para la marcha fundacional.

El último gesto de su entrega a esta misión fundamental es el viaje que realiza a Calasanz (Huesca) para visitar y acompañar a las Hermanas que socorren a los apestados y

les prestan asistencia espiritual. Es la última semana de febrero de 1872. Aprovecha la ocasión para visitar en su Aytona natal a los familiares que le quedan y a los Hermanos y Hermanas allí presentes. Últimos recuerdos, últimos consejos, despedida definitiva. En Barcelona, centro de su actuación, le esperan asuntos urgentes. No ha tenido tiempo de despacharlos cuando es reclamado desde Tarragona.

Sale sin demora el 10 de marzo de 1872. Llega enfermo y cansado; tiene que guardar cama. Su estado se agrava rápidamente. Le rodean sus hijas, reunidas allí en la última fundación por él realizada. Le asisten sacerdotes, que, como él, fueron expulsados del claustro carmelitano por la revolución. Pese a todos los cuidados, aquel cuerpo se desmorona. Se da cuenta que ha llegado su hora, la hora de contemplar cara a cara el rostro de su “Amada”, la Iglesia. Ha suspirado mil veces por ese momento. En su postrer invocación deja escapar este lamento: “¡Dios mío habéis trocado mi suerte!”.

Sí, había suspirado vivamente el martirio; se había ofrecido a Dios como víctima, como inmolación por los pecados y las persecuciones contra la Iglesia. Había estado cerca de esa anhelada palma, y ahora se veía morir arrebatado del lecho por una simple pulmonía. ¡Había aceptado con entereza cristiana tantos trueques en su vida! También había pedido con insistencia al Señor morir en la más completa soledad, en coloquio secreto con su Amada, la Iglesia, y ahora se veía rodeado del cariño de sus hijas.

Al lado de ese truco final querido por la Providencia, bien poco significaban los padecimientos a lo largo y ancho de su agitada existencia: trueque del Seminario por el Carmelo, trueque del claustro por el siglo, trueque del religioso por el sacerdote, trueque del predicador por el exorcista, trueque del carmelita teresiano por el fundador del Carmelo Misionero...

¡Caminos de fe! Rutas misteriosas trazadas por la Providencia para llegar al último plácido suspiro del luchador infatigable. Suspiro definitivo tanto y más encendido eclesialmente que el de Teresa de Jesús: “¡Cuán dulce, cuán agradable, cuán deleitable debe ser el reposo en los brazos de una Madre virgen y tan pura cual es la Iglesia triunfante!”

Genio y figura

Francisco Palau vivió en una época convulsa, de profundas transformaciones políticas y religiosas, de crisis indecisas entre lo precedente y el futuro. Asumió con intensidad difícil de conmensurar el drama religioso de su tiempo. Buscó afanosamente de por vida un equilibrio satisfactorio entre las tendencias, al parecer contrastantes, que polarizaban con impelente urgencia sus afanes espirituales y apostólicos. Por eso, sus actitudes y sus decisiones son paradigma para quienes han de vivir en tiempos en que la crisis -como cambio permanente- se ha instaurado a manera de categoría determinante de conductas y posturas. ¿Cómo era Francisco Palau?

Porte físico

De rasgos fuertes y bien marcados, a juzgar por la iconografía llegada hasta hoy. Los datos biográficos seguros revelan otros menos perceptibles a primera vista. De mediana estatura y de constitución recia se proyecta como figura adusta y severa. Ni el porte ni los modales la hacen especialmente atrayente. Tampoco los rasgos fisonómicos la dulcifican; la encuadran en un marco de

seriedad y serenidad. De esa efigie austera emanaba algo que atraía e imantaba a quienes comunicaban con aquel espíritu superior.

El sayal carmelitano o la sotana clerical que envolvían su cuerpo hacían destacar la frente espaciosa, prolongada prematuramente por la calvicie. El pronunciado mentón y los marcados surcos que lo unían con ojos y nariz, conferían a su rostro moreno cierta rigidez atenuada por la mirada suave y profunda de sus grandes ojos. Su constitución física fue extraordinariamente robusta, de una fibra increíblemente resistente. Lo reconoce él mismo, cuando, a fuerza de asperezas y no pocos excesos penitenciales, había comenzado a resquebrajarse su salud. Sólo una constitución tan recia puede explicar los rigores, las privaciones y las penitencias que soportó con entereza admirable, pero hoy difícilmente comprensible. La austeridad de su vida requiere una fortaleza física fuera de lo común.

Temple moral

Emerge de una psicología llena de contrastes. Fácil y cómodo enumerar una serie de rasgos inconfundibles de la personalidad de Francisco Palau. Mucho más arduo el reconstruir con fidelidad la semblanza de una personalidad compleja. La simple enumeración de los trazos más salientes de su espíritu con figura y un temperamento casi contradictorio: tantos y tan marcados son los contrastes que perfilan su fisonomía inconfundible. Francisco Palau es temperamental en todo; sin quererlo ni aún pretenderlo

graba huella profunda en todo lo que hace y en todas las personas que se mueven en su órbita.

Reflexivo y calculador, es al mismo tiempo intuitivo en sus ideas y rápido en sus decisiones. Pragmático y realista en sus obras y empresas, se vuelve a veces idealista y soñador, hasta olvidarse del entorno que le rodea. Lógico y razonador en sus planes y proyectos, posee una imaginación desbordante capaz de las más atrevidas representaciones. Siente por eso un impulso incontenible hacia lo plástico y figurativo.

Coherente con los principios que informan su vida, se muestra extraordinariamente flexible en la adaptación a condicionamientos y circunstancias concretas. Combina hábilmente la rectitud y el oportunismo legítimo. Tenaz en lo que se propone, es generosamente condescendiente con los demás. Celoso del nombre y la fama de los otros, sufre con entereza casi heroica los atentados a su fama y reputación. Intrépido en sus empresas e ignorante de lo que es el miedo, se va desarmado cuando debe corregir o amonestar. Reacio naturalmente a la rutina y a lo vulgar, se somete disciplinado los requerimientos de la obediencia y a las manifestaciones de la Providencia. Escrutador incansable de situaciones y motivaciones nuevas, asume con singular discernimiento los valores adquiridos y seguros.

De carácter reservado y temperamento introvertido, Francisco se abre generoso a la comunicación y a la amistad. Su presencia austera a primera vista, suscita simpatías y confianzas. Sobrio y ponderado en sus

manifestaciones afectivas, se interesa por todo lo humano -familia, trabajo, amistades-, vibra ante cualquier espectáculo bello, sobre todo de la naturaleza. Sobrio y retraído en el trato, se vuelve fácilmente expansivo y acogedor; hasta efusivo con sus íntimos, como se percibe en la correspondencia epistolar: “Me hallaréis siempre en paz, siempre amigo, siempre de buen humor” (Ct 117)

Enamorado del silencio, del retiro y de la soledad, es y se siente a la vez apóstol de actividad múltiple y desbordante. Su capacidad de vivir y hacer vivir, es fuerza dinámica que arrastra a discípulos y admiradores. Gracias al secreto que domina toda su vida espiritual, integra en suprema unidad los contrastes más impensables. La superación de tantas y tan pronunciadas paradojas emana de su fe inquebrantable en ideales capaces de alimentar constantemente la vida más allá de intereses y valores coyunturales.

Durante un largo período de su vida, la unidad radica en la búsqueda de ese ideal supremo; más tarde en su conquista, en la entrega total a él. La Iglesia centra su amor, asienta y armoniza la vida entera. En ese punto de convergencia cobran unidad su itinerario espiritual y su actividad apostólica. Ahí se funden el retiro y la actividad, la lucha y la paz, los fracasos y los éxitos, la resistencia y la sumisión, el esfuerzo personal de abnegación y la profunda vida teologal, el amor a Dios y al prójimo.

Una misteriosa fuerza interior elevó y multiplicó las energías naturales del P. Francisco ensamblando en una sola pieza el apóstol inflamado y el contemplativo

solitario, el luchador indomable y el heraldo de la paz. A cada trecho de su vida surge en el impetuosa la llamada a la soledad, al más recóndito silencio. Cuando parece ensimismado en la música callada del retiro, una sacudida misteriosa le lanza al mar agitado de la actividad pastoral. Así, una y otra vez, a lo largo de los años, como si la vida fuera un tejer y destejer ilusiones humanas en torno al misterioso hilo tendido sin cesar por la Providencia.

Poco importa que esa Providencia le haya arrancado del claustro carmelitano para que se sienta hijo del gran profeta Elías y de la Madre Teresa. Su condición jurídica de sacerdote secular no empece a su celo y a su espíritu eliano-teresiano. Mantiene íntegros los ideales de su profesión religiosa y los enriquece con una savia carismática que los vuelve totalmente eclesiales. En la lejana perspectiva de un siglo, el perfil de su silueta histórica se aureola de gloria. Es el fracasado, que triunfa; el frustrado, que se realiza en plenitud; el profeta, que se adelanta los tiempos; el soñador realista; el arriesgado, que acierta; el luchador, que acepta y se humilla; el grano de trigo que muere y germina...

Apóstol en todos los frentes

Si el itinerario íntimo del P. Francisco Palau está enmarcado siempre por el amor a la Iglesia, su intenso servicio no es otra cosa que la prueba de ese amor, la contraseña de autenticidad. El somero repaso de las principales expresiones de ese servicio amoroso completa algunas de las facetas de su personalidad religiosa y espiritual. Su pródiga actividad apostólica brota, unas veces, a impulsos de circunstancias externas y de requerimientos superiores; otras, nace de lo más hondo de su amor eclesial, del reclamo insistente de su misión. Sus manifestaciones más prolongadas y consistentes son las siguientes:

Predicador incansable

Ve la recristianización del ambiente español y europeo como una auténtica obra de evangelización. Las múltiples y variadas actividades dentro de este campo son -según formulación suya insistente- una de las muchas formas que puede y debe adoptar la proclamación del evangelio para acomodarse a las circunstancias de lugar y tiempo.

Él ensayó una variada gama de formas y realizaciones: en un primer momento, impedido por los condicionamientos externos, practicó con asiduidad la predicación tradicional de sermones, panegíricos, novenarios y festividades. Fueron las primicias de su actividad apostólica junto con la administración de los sacramentos. Casi de inmediato, la dedicación intensa a las *misiones populares* (1838 – 1840) que se reanudan luego de conseguir la libertad del confinamiento en Ibiza (1864-1866). Se trata de la forma más con genial a su sentido práctico y a la eficacia que persigue siempre. Es también la vertiente apostólica en que logró frutos más sazonados.

De mayor resonancia social fueron los cursos de predicación en las grandes ciudades –Barcelona, Madrid, Palma- a partir de 1860. El mismo reconoce que no surtieron efectos tan palpables y manifiestos como las misiones. Prosiguió, no obstante, esa actividad hasta los últimos años de su vida. Su palabra tenía una fuerza especial, algo que calaba hondo en el auditorio, a juzgar por los testimonios de los contemporáneos, incluidos los elogios de la prensa y el reconocimiento de los pastores.

Director y guía

Se conduce con una madurez impropia de la edad en que comienzan las realizaciones concretas. Los años de exilio en Francia (1840-1851) corresponden a la cristalización de esta actividad pastoral que no se interrumpirá prácticamente hasta la muerte. Durante la

estancia en Caylus-Liron, la figura del solitario español irradia intensa y extensa espiritualidad por el contorno.

Se acercan a su gruta en busca de orientación y de dirección espiritual personas de muy diversos segmentos sociales: sacerdotes, religiosos y seglares de noble alcurnia y fama literaria, como Eugenia Guérin y otros miembros de su familia. La calidad de su magisterio y la maestría de sus orientaciones es reconocida por todos, incluso por los que comienzan a sentir los celos de la envidia. Nadie mejor que los grupos de discípulos y de hijas espirituales de Cantayrac y Livron testimonian la entrega y la firmeza de su padre y maestro en las vías del espíritu.

Destaca entre todos el caso de Juana Gratias, rendida desde entonces a la dirección del P. Francisco. Ningún testimonio tan elocuente como la correspondencia epistolar para descubrir el desinterés, la limpieza de miras y la prudencia con que el P. Francisco practicó este excelso ministerio. Fue uno de los cauces por los que transmitió con mayor eficacia y autenticidad su espíritu a los miembros de la familia religiosa del Carmelo Misionero. El tacto exquisito con que supo orientar a los primeros discípulos e hijas espirituales queda reflejado en sus cartas y atestiguado en la documentación biográfica.

Catequista renovador

Se hizo patente en la gran obra de la “Escuela de la Virtud” de Barcelona. Se trató de un tipo integral y revolucionario de catequesis. En sus programas quedaban englobadas al mismo tiempo la catequesis elemental y la formación religiosa de adultos a diversos niveles. Gracias a la vinculación por el establecida entre la “Escuela” y las diversas organizaciones de la ciudad, el radio de acción de cristianizador de la empresa se extendió de manera insospechada, sirviéndose incluso de la prensa diaria. Si a todo esto se añade su ambicioso plan de establecer la “Escuela” en otras ciudades importantes, se calibrará mejor el indudable acierto conseguido en este campo.

No sé límite, con todo, al período y a la obra de la “Escuela”. Buena parte de su actividad evangelizadora en Ibiza fue auténtica catequesis. Se dio cuenta de la urgencia de una regeneración cultural para que prosperara allí la transformación religiosa de la que empeñó todas sus energías. Dentro del marco de la catequesis practicada en la Isla, destaca la realizada a través de la devoción mariana, en concreto con la celebración del Mes de Mayo. Exponente de sus métodos catequísticos a este respecto es el librito titulado *Mes de María* (1861-1862)

Escritor

Más por exigencias pastorales que por vocación o consagración a la pluma, logró, sin embargo, componer páginas originales que ocupan lugar de privilegio en la literatura religiosa y espiritual del siglo XIX español. Su producción es notablemente desigual. Ligada a circunstancias muy concretas del lugar y tiempo, debe leerse salvando inevitables distancias respecto de nuestros gustos actuales. Hace falta superar barreras estilísticas y preocupaciones coyunturales para sintonizar con las páginas de sus libros: *Lucha del alma con Dios*, *La vida solitaria*, *Catecismo de las Virtudes*, *Mes de María*, *La Escuela de la virtud vindicada*, *La Iglesia de Dios figurada por el Espíritu Santo* y otras.

Mención especial merecen las páginas de índole autobiográfica recogidas modernamente en dos libros: las *Cartas y Mis relaciones con la Iglesia*. Las 169 piezas reunidas en el epistolario son fuente insustituible para conocer y comprender al P. Francisco Palau. Por esas páginas desfilan sus planes y proyectos, sus preocupaciones y sus ansias. En ellas se desvelan los repliegues de su alma enamorada de la Iglesia y entregada al servicio de los demás. Pese al estilo confidencial y por eso mismo poco cuidado, no ofrecen dificultades en la lectura y comprensión; resultan páginas atractivas para cualquier interesado en acercarse a su persona.

Londres, junio 24 de 1827

Viva Dios,
Carísimos Sr. Sr. conf. c. p.

En caso de penas deivos que a
veces la naturaleza que habita verte en
la Srta. Maria Juana como es muy
natural. He tenido una especial ca-
lificación de tener noticias de verte
y de ver que en medio de las
dificultades y de las pocas percepciones
hemos y constantes. Estoy sumamente
diferendo de saber vuestra voluntades
robteras, vuestra penitencia, y fortiter
fracción, vuestros privaciones, y vuestro
bienestar, pero he tenido una ex-
traña pena de saber en tanta pe-
rosa y enfermedad, no por la pob-
reza y dolor, pero si por temer
y fallarais, pero Dios sobre todo.
Yo he tenido gran cuidado y
licitud de preguntar por cada uno
de vosotros a la Srta. Maria Juana
y otros días si he encomendado a

Autógrafo del Padre Francisco Palau

Diverso es el caso de *Mis Relaciones*, especie de apocalipsis palautiana. Su lectura exige imperiosamente el conocimiento previo de las claves secretas que sellan esas páginas misteriosas. No basta saber que encierran singulares experiencias religiosas. Lo que dificulta su comprensión es el ropaje que las envuelve. Hay que acercarse a ellas conscientes de que se trata de algo secreto, no escrito para la publicación. También de que no es un tratado ordenado con una clara progresión doctrinal o simplemente temática.

No existe más que una secuencia cronológica referida a la vida íntima del autor. Este no hace otra cosa que poner por escrito las vivencias profundas que siente en la oración -de la mañana y de la tarde- o inmediatamente después. No intenta ofrecer materia de meditación para los demás; fija en el papel los movimientos íntimos de su propia oración, que gira siempre en torno a su único amor, la Iglesia. De ahí las inevitables repeticiones, la insistencia una y otra vez en idénticos sentimientos y coloquios.

El modo más seguro de desorientarse en este mundo de imágenes, visiones y revelaciones, es la lectura seguida y completa del escrito, por lo menos antes de estar familiarizado con su peculiar género literario. Hay que afrontarlo por etapas y por partes, según los ciclos cronológicos en que aparece distribuido.

Exorcista

Ha sido considerado generalmente como *exorcista* por la arriesgada y azarosa actividad en favor de los marginados que acudían a su residencia de Santa Cruz de Vallcarca (Barcelona). Queda referido el momento culminante de esta actividad peculiar a la que se sintió llamado por su vocación eliana y carmelitana. Cualquiera que sea el juicio sobre la situación material de aquellos enfermos (en su mayoría trastornados física y psíquicamente), el apostolado del P. Francisco está motivado por los más altos ideales espirituales. Si su diagnóstico es a veces clínicamente inexacto, la realidad de su servicio eclesial es incuestionable, como incuestionables son algunas de sus curaciones. La traducción más exacta de ese trabajo al lenguaje moderno no es otra que la del servicio a los marginados de la sociedad. La diversidad de las causas y de las situaciones no altera la identidad del contenido espiritual y apostólico.

Publicista y periodista

Otra vertiente de la actividad pastoral del P. Francisco por más que esté al margen de los parámetros en que hoy se regulan y enmarcan esas categorías profesionales. Pese a la deficiente preparación, Francisco Palau percibió con extraordinaria clarividencia la importancia decisiva de un arma tan ágil como la prensa. Se dio cuenta muy pronto de su eficacia para cualquier obra social, tanto para el bien como para el mal. Acaso tenga mayor mérito esta

clarividencia que las realizaciones concretas en este campo. El simple hecho de introducirse decididamente en él es ya un dato muy revelador de su temperamento y de su valentía.

Las primeras iniciativas corresponden a los años de su destierro en Francia, aunque sus intentos de movilizar la prensa en favor de la vida religiosa apenas lograron aceptación. La alcanzaron luego durante la preparación y el funcionamiento de la “Escuela de la Virtud”. Colaboró asiduamente entonces en el periódico *El Ancora*, pero lo más determinante es que toda la prensa importante de Madrid y Barcelona se sintió sacudida por él y por su obra.

Siguió muy de cerca las luchas periodísticas entre defensores y detractores de la “Escuela” y ello le permitió reproducir largos extractos en su apología *La Escuela de la virtud indicada* (1859). La realización más propia y específica de sus afanes apologéticos es la creación o fundación de un singular semanario bautizado con el pintoresco rótulo de *El Ermitaño*. Nació al socaire de la revolución y como arma para luchar contra la propaganda antirreligiosa. Fue vehículo de sus teorías sobre el exorcistado, a la vez que instrumento de propaganda religiosa. Iniciado en 1868 apenas sobrevivió un año al Fundador.

Fundador

Indiscutiblemente el título que mejor cuadra a la realización más duradera del P. Francisco Palau. Si hoy goza de fama histórica y suscita entusiasmos apostólicos en la Iglesia, es porque muchas hermanas le reconocen y llaman “nuestro padre”: son las Carmelitas Misioneras y las Carmelitas Misioneras Teresianas. Esparcidas por cuatro continentes prolongan la vida y el espíritu de ese Carmelita del siglo XIX.

El Carmelo Misionero no es un hecho ocasional en su vida; no brota de un acontecimiento aislado. Obedece a un proceso de maduración interior que se va confrontando con ensayos y realizaciones progresivas. Cuando cuaja en algo firme y continuado, el Fundador lo percibe como concreción específica de “su paternidad sobre las almas” - “en la Iglesia y de la Iglesia”- . Toma cuerpo definitivamente cuando se le esclarece interiormente lo que es la Iglesia, y cuando el misterio de la misma se convierte en savia de su existencia.

El Carmelo Misionero es fruto de esa experiencia en la que el amor y el servicio se viven como plenitud del precepto de la caridad, por cuanto en la Iglesia se realiza la unidad de vida entre Dios y los próximos, entre Cristo y los hermanos. Desde esa perspectiva se unifican radicalmente el amor a Dios y a los prójimos. La vida interior y el servicio apostólico no son otra cosa que dimensiones de esa unidad, vertientes de la misma realidad espiritual. Por eso el Carmelo misionero nace esencialmente eclesial.



Casa de Ejercicios Santa Teresa, Es Cubells (Ibiza)

Ese sello original e inconfundible grabado, por deseo voluntad del Fundador, en su descendencia religiosa, viene a injertarse en el viejo tronco del Carmelo Teresiano. Las mejores esencias del celo eliano y del espíritu teresiano se asumen en el Carmelo Misionero gracias a la formación y al carisma del P. Francisco. Una vez esclarecido el sentido de su vocación al Carmelo Teresiano (Ct 93), Francisco Palau se empeñó en trasvasar a su obra fundacional el rico caudal de aquél.

Surgía así una nueva forma de armonizar la vida contemplativa y el servicio apostólico; una fusión profunda entre lo personal y lo comunitario, entre la oración individual y la oración eclesial, un modo original

de vivir la Iglesia. Es lo que quiso legar el P. Francisco a los Hermanos Terciarios Carmelitas y a las Carmelitas Misioneras. Desaparecidos los primeros su espíritu y su obra se prolonga y desarrolla en sus hijas.

Carisma, magisterio, doctrina

Francisco Palau no fue teólogo de cátedra ni maestro de profesión. Jamás intentó sentar plaza de teórico doctrinario, ni tan siquiera en las esferas de la enseñanza religiosa. Vivió con intensidad las verdades de la fe cristiana y trató de hacerlas realidad en la vida de otras personas. Si empuñó la pluma fue precisamente para eso: para ejercer su ministerio pastoral y para comunicar a sus íntimos las propias vivencias eclesiales. Dado el carácter práctico de sus escritos, sería injusto exigirle un cuerpo de doctrina bien sistematizado y orgánico.

Su magisterio es fragmentario y discontinuo; se centra en la temática de la moral y de la espiritualidad cristianas; se cimenta en la elaboración teológica de la tradición escolástica. Donde alcanza mayor originalidad es en los escritos de índole autobiográfica. La razón es muy sencilla. El proceso de la elaboración mental va de la experiencia a la teoría y no al contrario. Resulta inadecuada una síntesis de su pensamiento a base de esquemas preconcebidos. Hay que penetrar en la vida íntima y desde allí tratar de reducir a categorías doctrinales las experiencias inefables.

La vivencia íntima del P. Francisco gira en torno a la realidad Misteriosa de la Iglesia. El mundo de sus preocupaciones, el entramado de su pensamiento está polarizado por ese núcleo central. Su caso es excepcional en la historia de la espiritualidad cristiana. No se conoce ninguna otra figura similar de mística radical y esencialmente “eclesiocéntrica”. Tampoco de una doctrina que sistematice los elementos y aspectos de la espiritualidad cristiana en dependencia directa de ese punto de convergencia. Bastarán algunas sumarias indicaciones para ver cómo vida y doctrina se entrecruzan en ese punto de conexión.

“Una persona mística”

Tres años de afanosa búsqueda, la Iglesia se le presenta a Francisco Palau como término concreto y definitivo de su amor. Por un continuado proceso de interiorización consigue ver y vivir la Iglesia como realidad única e individual con quien puede relacionarse directamente de tú a tú, igual que con una persona amada. Es decir, el misterio de unidad e identidad de Cristo y los cristianos en el Espíritu Santo es posible y real porque hay una vida y un ser. Mejor que de “cuerpo místico”, hay que hablar de “persona mística”, capaz por tanto, de relaciones interpersonales, como una Esposa que responde a nuestro amor.

Misterio insondable

La visión personificada de la Iglesia reviste importancia decisiva en la vida y en la doctrina del P. Francisco. La encuentra fundamentada además en ese artículo de la fe que profesa la “Iglesia una y santa”. La unidad de ser y de vida se realiza pese a la multiplicidad de miembros y elementos que componen la Iglesia. Cómo se armonizan en perfecta unidad es algo que supera la capacidad de comprensión humana. Cualquier formulación que se proponga para definir esa realidad es incapaz de reflejarla fielmente. Es algo intraducible en conceptos y categorías humanas, lo mismo que los otros misterios de la fe. Y es que la realidad vital de la Iglesia es misteriosa dentro de la revelación divina en que se nos comunica. De ahí que su “personalidad” sea “mística”. Hasta que llegue a la consumación en la escatología final, la Iglesia permanecerá misterio insondable para los viadores.

Realidad Temporal y visible

La intrínseca condición misteriosa y espiritual no excluye una dimensión humana y temporal, al contrario la integra y supone. Para el P. Francisco una de las vertientes de la misma es precisamente esa: la convergencia de los elementos externos con la realidad suprema del amor entre los hombres y de estos con Cristo en el Espíritu Santo. La presencia de una jerarquía y de unas estructuras visibles corresponde a la situación histórica, visible y temporal de la Iglesia. De ahí proviene su condición frágil

humana, defectuosa y hasta pecadora, pese a que en sí misma, en la unidad de amor y de fe, según el P. Francisco, la Iglesia es santa y perfecta.

Plan divino de salvación

La gozosa realidad de la Iglesia es obra de la Trinidad, cuya vida y santidad refleja inconfundiblemente. Responde al plan trazado por Dios, Uno y Trino, para la salvación del hombre; por eso mismo se realiza progresivamente a lo largo del tiempo. Tiene su origen en la mente del Padre; la constituye en su dimensión interna y visible el Hijo; la anima y aglutina en unidad el Espíritu Santo. Los estadios temporales de la iglesia -peregrina, purgante y triunfante- no son otra cosa que situaciones históricas o realizaciones concretas de ese designio de salvación. Se trata de otra vertiente que vincula necesariamente la Iglesia a una dimensión visible y temporal. Pero la vez descubre su condición escatológica, que el P. Francisco resalta tanto a nivel personal como a nivel colectivo o social.

Cristo Total

En íntima relación con la visión personalizada de la Iglesia está la insistente afirmación del P. Francisco sobre la presencia permanente y actual de Cristo como cabeza del “Cuerpo Místico”. En cuanto tal denominación se refiere fundamentalmente a Cristo-cabeza y a los miembros, debe evitarse cualquier tipo de dicotomía, ya

que jamás pueden estar separados la cabeza y los miembros, Cristo y los prójimos. Para que pueda hablarse de la Iglesia, como algo diferente de ambos, es necesario ver y pensar en esa unidad misteriosa. De ahí que para el P. Francisco la fórmula adecuada y equivalente de la realidad eclesial sea la acuñada por algunos Padres de la Iglesia: “El Cristo Total” , “El Cristo Místico” .

Tipología específica

La unidad y la pluralidad, la dimensión espiritual y visible, la naturaleza misteriosa de la Iglesia obligan a buscar fórmulas figuradas para representar mejor lo inexplicable e inefable a través del lenguaje técnico y corriente. El P. Francisco logra en este sentido cotas impensadas. Para referirse a la pluralidad la Iglesia, en convergencia hacia la unidad, acoge las figuras tradicionales del jardín, de la grey, de la vid y los sarmientos, de pueblo (y hasta “pueblo de Dios”). Cuando intenta plasmar la unidad suprema, aunque sea en aspectos diferentes, recurre de manera insistente a la “tipología” bíblica. Muchas figuras femeninas del A. T. se convierten en arquetipos de la Iglesia, que es fiel como Raquel, intrépida como Judith, etc. Son tipos fragmentarios o parciales; el único cabal y perfecto, por cuanto abraza todos los aspectos y dimensiones, es la Virgen María.

Eucaristía, unión mística

En aplicación concreta y correcta de las constataciones anteriores, Francisco propone una original y profunda espiritualidad eucarística. Según él, la incorporación al Cuerpo Místico, iniciada en el bautismo, se realiza plenamente en la Eucaristía, en la comunión del cuerpo de Cristo presente bajo las especies de pan y de vino. Esa incorporación en plenitud es posible gracias a la doble unión que acontece en la comunión eucarística: junto con la unión real y sacramental con Cristo, en la singularidad de su cuerpo, alma y divinidad, se verifica otra unión mística o misteriosa con el Cristo constituido en Cabeza de su Cuerpo Místico. Dada la inseparabilidad de la cabeza y de los miembros, la unión real comporta la unión mística con el Cristo Total. Por tanto, cada uno se entrega a la vez que se comunica con la realidad de la Iglesia. En consecuencia, es entonces cuando se hace parte más vital de la misma; realiza la plena incorporación al Cuerpo Místico de Cristo.

María, tipo perfecto

Es otra de las grandes intuiciones innovadoras del P. Francisco. El contenido doctrinal o teológico tiene importante derivación en la vida espiritual. Sintoniza con la visión propuesta por el Vaticano II, al contemplar a María enmarcada en el misterio de la Iglesia. En el plan divino de salvación para el hombre, que se realiza en la Iglesia a través del tiempo, María fue predestinada por

para ser Madre de Dios y a la vez, o en consecuencia, tipo acabado de la Iglesia.

Mirar y contemplar a María fuera de esa perspectiva equivaldría, según el P. Francisco, a empobrecer y distorsionar su figura y su misión. Dios ha querido que sea el espejo en que se reflejan todas las perfecciones de la Iglesia; el modelo perfecto de su santidad y de su pureza, no sólo en el plano abstracto sino en su desarrollo dinámico. Por eso el P. Francisco repite con insistencia que María, aislada de la Iglesia, no es el objeto ideal de su amor; no ha de contemplarse como persona individual, pese a sus títulos y grandezas, sino unido inseparablemente a la Iglesia.

Vivencia teologal

Calar en estas realidades hasta hacerlas savia de la propia vida, para traducirlas luego en conceptos adecuados, supone compenetración personal con ellas. Es fruto de la contemplación amorosa más que de estudio o investigación intelectual. De ahí otro de los puntos claves de la espiritualidad palautiana: la importancia trascendental de las virtudes teologales. La Iglesia no puede vivirse en el plano de la experiencia más que a la luz de la fe y de la vida teologal intensa. La realidad misteriosa del Cristo Total es un dato de fe y sólo a través de la fe y del amor puede convertirse en motor de la propia existencia.

Recientemente anclado en la tradición del Carmelo Teresiano, Francisco Palau centra su dirección espiritual

en el desarrollo de la vida contemplativa y teologal, convencido de que es la única forma de dar motivaciones auténticamente sobrenaturales a la vida. Oración y vida teologal son los dos pilares fundamentales del edificio interior. Son los que sostienen la comunicación directa con las cosas divinas; las que unen al hombre con Dios. Por eso insiste tanto el P. Francisco en presentar la oración como unión con Dios y los prójimos: unión afectiva y efectiva.

Abnegación y servicio

Al colocar a la Iglesia en el centro de la vida contemplativa y teologal, el P. Francisco enriquece el patrimonio de su tradición religiosa con una aportación original. Señala un motivo fundamental de convergencia unitaria entre contemplación y servicio apostólico. Para él son dos dimensiones o vertientes de la vivencia eclesial: una responde al amor, la otra a sus pruebas. También radica ahí su armónica fusión de la oración individual o contemplativa y de la comunitaria o litúrgica; se trata en el fondo de una sola oración eclesial, por cuanto en la Iglesia y de la Iglesia.

Recalca el P. Francisco Palau, que el servicio apostólico implica necesariamente esfuerzo y entrega; reclama por eso negación de sí mismo, de las cosas propias, para asumir las exigencias de los demás. Junto a la motivación sobrenatural, alimentada en la vida teologal y en la oración, urge la necesidad de la abnegación interior, de la pobreza y de la mortificación, como

condición imprescindible para mantener firme el temple apostólico y no convertir sus manifestaciones en funciones puramente humanas o profesionales.

El jugo interior bruta de la vida teologal y de la oración, pero es imposible que dure sin un clima apropiado de austeridad, de esfuerzo y el sacrificio. Todo ello reclama imperiosamente una actitud permanente de abnegación sostenida en la fe y en la caridad. No son planteamientos especulativos, son constataciones de experiencia, traducidas luego en consejos y enseñanzas para los demás, de modo especial para sus hijos e hijas espirituales.

Francisco Palau, carmelita de cuerpo entero, contemplativo y apóstol en una pieza, abrió en el Carmelo Teresiano un cauce nuevo y fecundo de espiritualidad eclesial que, a distancia de un siglo, sigue alimentando sueños e ilusiones.

Al evocar su figura de asceta penitente y de místico eclesial se perciben ecos inconfundibles de celo profético, de temple paulino, de ardor teresiano.

Para sintonizar con Francisco Palau hay que entregarse sin reservas, luchar sin tregua, amar y servir sin límites ni fronteras, hasta la heroicidad, a los hermanos, a la Iglesia.

La Congregación de las Carmelitas Misioneras, don del Espíritu a su Iglesia, nació de la gracia carismática concedida a Francisco Palau y Quer (1811-1872) como experiencia del misterio de la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo.

Los planes fundacionales brotan al compás del proceso interior de su itinerario espiritual, impulsado permanentemente por el amor a la Iglesia, amor que funciona en unidad a Cristo y a todos los hombres. La “obra de Dios” logra afianzarse definitivamente (1860) cuando la vivencia eclesial alcanza su plenitud en el Fundador.

A las formas tradicionales de apostolado –Salud, Educación y misiones- se han ido incorporando, a raíz de la renovación conciliar, otras de corte más actual: catequesis, pastoral social, atención a los pobres y marginados, promoción de la vida espiritual, colaboración en la pastoral diocesana y parroquial, etc.

El Carmelo Misionero quiere convertir en testimonio gozoso ante el mundo la vida evangélica, casta, pobre y obediente en obsequio de Cristo y participación en su misterio pascual.

Nuestras comunidades – “uniones de fraternidad” animadas por los mismos ideales comparten su misión en la Iglesia unidas en la oración, el trabajo, la sencillez y la alegría. Toda Carmelita Misionera, mensajera del Evangelio por los caminos del mundo, es portadora del mensaje palautiano: predicar la belleza de la Iglesia santa; anunciar el amor a Dios y a los hermanos allí donde sea “enviada”.

Las Carmelitas Misioneras en este momento están presentes en 39 Naciones:

Europa: España, Francia, Inglaterra, Italia, Polonia, Portugal, Rumanía.

América: Argentina, Bolivia, Brasil, Canadá, Colombia, Costa Rica, Cuba, Chile, Ecuador, El Salvador, México, Nicaragua, Perú, Puerto Rico, República Dominicana, Venezuela.

Asia: Corea, Filipinas, India, Indonesia, Japón, Tailandia, Taiwán.

África: Camerún, Costa de Marfil, Guinea Ecuatorial, Kenya, Malawi, Nigeria, República Democrática del Congo, Tanzania.

Oceanía: Varroville Sydney (Australia, 2004).



ABREVIATURAS

- Cat** = *Catecismo de las virtudes*: Textos Palautianos 5.
- Ct** = *Cartas*, edición Burgos 1981
- EVV** = *La Escuela de la virtud vindicada*: Textos Palautianos 6.
- Igl** = *La Iglesia de Dios figurada por el Espíritu Santo en los Libros Sagrados*: Textos Palautianos 3.
- Leg** = *Legislación*: Textos Palautianos 4.
- Lucha** = *Lucha del alma con Dios*: Textos Palautianos 8.
- MM** = *Mes de María*: Textos Palautianos 7.
- MRel** = *Mis Relaciones con la Iglesia*, edición Roma 1997.
- VS** = *La vida solitaria*: Textos Palautianos 2.

GUIÓN BIOGRÁFICO

1811 Nace el 29 de diciembre en Aytona (Lérida) España.

1828-32 Estudios de filosofía y teología en el seminario de Lérida.

1832 El 14 de noviembre viste el hábito en el convento de San José de Carmelitas Descalzos Barcelona.

1833 Profesa el 15 de noviembre como Carmelita Descalzo en Barcelona.

1835 El 25 de Julio es incendiado el convento de Barcelona y expulsados los religiosos.

1836 Es ordenado sacerdote en la catedral de Barbastro el 2 de abril.

1840-51 Exilio en Francia por los azotes políticos producidos en España.

1843 Intensa vida solitaria en los alrededores del santuario de Nuestra Señora del Livron.

1851 Regresa a España en abril; se incardina en la diócesis de Barcelona; funda la “Escuela de la Virtud” en noviembre.

1854 Suprimida arbitrariamente la “Escuela” es confinado a Ibiza el 9 de abril.

1854-60 Reside en Ibiza. Vive intensamente el problema de la Iglesia y su misterio en medio del mundo.

1860-61 En las Islas Baleares funda las congregaciones de los Hermanos y de las Hermanas Carmelitas.

1862 Realiza diversos viajes a Barcelona, tratando de consolidar su obra fundacional.

1864 Predica misiones en Barcelona y en la isla de Ibiza.

1866 El 8 de diciembre llega a Roma, donde permanece varios meses.

1867 En enero obtiene el Comisario Apostólico de los Carmelitas Descalzos de España, la patente de Director de los Terciarios de la Orden.

1870 Viaja de nuevo a Roma con ocasión del Concilio Vaticano I.

1872 Enero- marzo. Redacta y publica las *Reglas y Constituciones de la Orden Terciaria de Carmelitas Descalzos*, que se imprimen en Barcelona.

1872 El 10 de marzo llega enfermo a Tarragona y el día 20 fallece.

INDICE

Pórtico.....	pag. 7
Hogar austero y bullicioso.....	» 9
Disciplina y rutina del Seminario.....	» 13
Carmelita en ciernes....	» 17
Espera de un retorno imposible.....	» 23
Amarguras del exilio...	» 29
Las mieles del triunfo...	» 35
Comenzar de nuevo.....	» 41
Fidelidad a la propia misión....	» 49
“Trueque de la suerte”	» 57
Genio y figura.....	» 61
Apóstol de todos los frentes.....	» 67
Carisma, magisterio, doctrina....	» 79
Abreviaturas.....	» 91
Guión biográfico.....	» 93

*Tú sabes,
Iglesia santa,
que si vivo,
vivo por ti
y para ti.*

Francisco Palau

